

—A buena hora te apareces, condenado—dijo Manuel—; ya no quedan más que los huesos, único residuo del festín.

—Veremos lo que encuentro, y mientras haya coñac, todo está arreglado.

—Ya me escribió Rosa todo el accidente.

—Estamos emocionados.

—¿Ya sabrían el motín del convento?

—No, hombre; cuéntanos, cuéntanos.

Armando les refirió lo que había pasado, y todos reían a dos carrillos.

Rosa quedó lesionada, pero con el estandarte victorioso.

—¿Y no la han castigado?

—Sí, está a «pan y agua».

—¿Y a las otras?

—Nada; dicen que pelearon por la religión; pero ya Rosa me pidió un cable; esto me huele a fuga.

—Pues ya sabes—dijo «Juan Gallinazo»—: te la llevas a San Jerónimo; hará buenas migas con mi estancuillera, y que el ilustrado cochero se encargue de sus mulas y de su esposa.

—Me parece bien; aquél es el hotel de las robadas.

—Sí, de las robadas por su gusto—dijo «Juan Gallinazo».

Pasó la noche, a las seis de la mañana desfiló el cortejo mortuorio tras un magnífico carro, tirado por cuatro frisonas, rumbo al Tepeyac.

Los estudiantes se metieron en el primer coche de duelo, y así, en traje de soldados, pasaron también como dolientes.

En la noche, Manuel estaba frente al balcón.

Eva salió y le arrojó un pañuelo húmedo en llanto, que el estudiante secó con el calor de su pecho.

## CAPITULO X

### LA TEMPESTAD ARRECIA

#### I

La República estaba incendiada, el turbión revolucionario tomaba un empuje desesperado.

El Constituyente había sancionado la ley de extinción del fuero eclesiástico, y Comonfort, empujado por el esfuerzo liberal y reformista, había publicado la ley de «desamortización de bienes eclesiásticos», pensada por el inmortal Miguel Lerdo de Tejada.

Trescientos millones se pusieron en circulación, al desvincular una propiedad raíz, estancada durante tres siglos.

El arzobispo y los obispos de todas las diócesis, protestaron su inobediencia a la ley y conminaron con la excomunión mayor a los «adjudicatarios».

En el púlpito se vomitaban injurias contra el Gobierno, se

le llamaba públicamente ladrón de la Iglesia; el desbordamiento no conocía límites.

Menudeaban los pronunciamientos, que eran sofocados con bastante trabajo; vinieron complicaciones diplomáticas con España y con Inglaterra, y diariamente se registraba una dificultad seria en la política.

El Congreso recibía diariamente protestas y peticiones, firmadas por las señoras a quienes el Nigromante llamó «mujerzuelas» en la tribuna.

Hombres, mujeres, niños, todos se complicaban en aquel escándalo, encabezados por los frailes, que veían en naufragio su poder y sus intereses.

El ministro Montes salió para Roma con objeto de celebrar un «concordato», pero Pío IX publicó una Encíclica condenando la revolución, y esta circunstancia desató el torrente que todo lo arrasaba a su paso.

Comonfort perdía la serenidad y se ahogaba en el oleaje de la revolución.

#### II

El señor Luis Barragán, ilustre cochero del Viático y padre de Rosa, la novia de Armando, tenía los secretos de la parroquia y alquilaba, para especular, seis casas del clero.

El buen hombre, que era un hipócrita de cinco pisos, luego que se publicó la ley, se adjudicó por trasmano las seis fincas de la Iglesia.

La esposa del ilustre cochero se oponía con todas sus fuerzas.

—Pero, Luis, te vas a condenar, que te veo ardiendo en los infiernos.

—No, hija—contestaba Luis—; todavía no llega la lumbre a los aparejos.

—¿Pero no has visto lo que dice el Papa?

—Sí, pero primero veo la «papa»; peor era que uno de esos liberalejos se soplara las casas.

—El día en que lo sepa la Sagrada Mitra, te van a excomulgar.

—No tengas cuidado, la Sagrada Mitra es la primera que se ha sumido con los capitales.

—Eso es una calumnia.

—No, hija; como la Mitra tiene los libros, sabe muy bien el negocio y ya se apartó una suma regular; todos entran a la cosecha.

—Pero, hijo mío, ya no te administrarán los sacramentos.

—Pues, hija mía, se va a quedar sin sacramentos todo el clero, porque hay una de intrigas por lo bajo, que da miedo.

—La verdad, yo estoy asustada y voy a confesarme.

—No, no hagas eso, y si lo haces no vayas a decir nada: ése es pecado mío, no tuyo; mira que nos quedamos en la miseria.



— Yo quiero todo, menos estar excomulgada.  
En aquellos momentos entró una mandadera del convento de la Concepción.

— Carta de la superiora—dijo la señora.

Don Luis la abrió, y después de morderse los labios, se la pasó a la señora.

La carta decía:

«Hoy en la mañana hemos buscado a la niña Rosa, pero en vano, porque ha desaparecido del convento.»

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!—gritaba la señora— ¡Ese pícaro, ese hereje, ese bribón!

— Sigue—dijo don Luis.

La señora continuó leyendo:

«Se ha encontrado un nudoso cordel atado a una canal de la azotea, por donde, con una audacia inaudita, y exponiendo la existencia, se deslizó la niña, huyendo de la casa de Dios.»

— ¡Qué barbaridad!—exclamó don Luis.

La señora continuó:

«Se registraron todos los muebles de la celda y en el asiento de la silla se encontraron las cartas de un hereje y un retrato de soldado muy feo, todo lo cual se ha remitido al gobierno eclesiástico.»

Había, además, un mechón de cabellos rubios y unos pelos del bigote, y, ¡admírense ustedes!, ¡un retrato de Comonfort!

— ¡Lo dije!—gritó la señora— ¡Para estos maldecidos, no hay lugar sagrado, todo lo violan, todo lo profanan! ¿Qué hacemos, hombre?

— Yo la podría acusar de fuga de la casa paterna, pero eso sería un escándalo.

— Esta es la sal que nos comienza a caer por el robo a la Iglesia, y ya empezamos a pagar las casas adjudicadas.

— No, hija; lo hacemos en virtud de una ley; no vamos al camino real.

— ¡Pero mi hija!

— No tengas cuidado, parecerá; todos parecen.

— Pero ya será tarde.

— No; tenemos las casas para dotarla; verás como el soldado las acepta; ya ves como vamos a utilizar la adjudicación.

— ¡Y cargan con nosotros todos los diablos!

— ¡Bah, bah, bah!—dijo don Luis.

— ¡Pero si esto es un escándalo brutal! ¡Todos corren a la oficina, todos se anticipan, todos denuncian, estamos en la mitad de los infiernos!

En aquel instante, don Luis llevó las manos al corazón, echó la cabeza hacia atrás, y gritó:

— ¡Que me muero!... ¡Que me muero!

— ¡Un padre!—gritó la señora, y corrió dando gritos por toda la casa.

— No.

Acertaba a pasar por allí uno de los clérigos, que visitaban

a la familia Rentería, que estaba enterado de los negocios de las casas adjudicadas, y se entró hasta la sala, donde don Luis sufría un terrible ataque de pernicioso; acercóse al enfermo, presa de un dolor terrible.

— Conlíesese, hermano—dijo el clérigo—; es la hora de pedir misericordia.

Don Luis hizo una señal negativa.

— ¿Cómo es eso?—gritó el clérigo— ¿Un hijo de la Iglesia, un cochero del Santísimo Sacramento, no quiere confesarse?

Don Luis no respondió, continuaba casi agonizante.

— Apresurémonos—murmuró el clérigo—; yo sé que te has adjudicando unos bienes de la Iglesia; «restituir o confesarse».

Don Luis hizo señal negativa con la mano.

— ¡Pero esto es increíble!—exclamó el confesor.

Después continuó:

— Dios te está mirando.

Don Luis movió la cabeza.

— El abismo está abierto a tus plantas.

Don Luis procuró sonreírse.

— ¡Este hombre está condenado en vida!—gritó furioso el clérigo—Que traigan a un escribano para que apunte que devuelve todo, acaso yo no lo entienda.

Entró la señora muy afligida.

— Señora—dijo el confesor—, este hombre devuelve los bienes robados a la Iglesia.

Don Luis se incorporó, y con voz sacada del último esfuerzo, gritó:

— ¡No!

— Un réprobo—gritó el clérigo—yo no lo absuelvo.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!—decía la señora—Se va a condenar.

— Sí, que se condenará—gritaba el confesor—; la Iglesia reclama lo que es suyo.

Me voy—dijo el clérigo, observando que ya las sombras de la muerte invadían el semblante de aquel hombre.

— Señor—dijo la esposa de don Luis—, yo me arreglaré con usted.

— Eso es otra cosa; entonces puede medio salvarse. Volvire dentro de una hora.

Don Luis agonizó algunos momentos, inclinó la frente y quedó muerto.

La señora se encerró a llorar y los amigos procedieron a esas horribles operaciones de tenderlo, vestirlo y arreglar la estancia.

A la hora ya estaba allí el clérigo.

Entró con gran ansiedad.

— Ya estoy aquí, veremos el arreglo.

— Señor—dijo la viuda—, yo he dicho que murió contrito y que recibió la absolución.

— Está bien; si convenimos en algo, nada se sabrá; de lo



contrario, será necesario publicar todo para ejemplo de los demás, porque no puede enterrarse en sagrado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tirado al basurero como un perro!

—Sí, señora; está fuera de la Iglesia, tendrá que sepultarse en el panteón de los gringos, donde están los enemigos de Dios.

—¿Qué quieren? Acepto lo que gusten.

—Pues bien; no es justo que la familia de un hombre que ha montado en las mulas del Viático, se quede en la miseria.

—Gracias, señor—dijo la viuda.

El clérigo continuó:

—Tomará usted dos casas, porque si las devuelven todas, ese hereje que desea casarse con la hija de usted, meté pleito, y como los jueces son también herejes, la Iglesia pierde todo.

—Está bien pensado. Pero yo no quiero el escándalo.

—Lo evitaremos; pondremos una minuta en que ustedes me venden las cuatro casas y que ya tienen recibido el precio, se firma a mi nombre la escritura y yo me encargo de devolverlas a la Iglesia.

El clérigo había traído su escribano a propósito.

Entró el escribano, se puso en la minuta que la señora firmaba por enfermedad de su esposo.

Levantóse el clérigo y dijo:

—Ahora hagamos la ceremonia para salvar el alma de ese hombre—y seguido de la señora entró en la pieza donde se encontraba el cadáver.

—¡Un lazo!—dijo el clérigo.

La señora trajo un cordel, que empuñó el confesor.

Sacó un libro y comenzó a rezar, y de intervalos en intervalos, le daba de azotes al muerto.

Estaban en esta operación, cuando las puertas de la estancia se abrieron con estrépito, y entró Rosa, con la desesperación pintada en el rostro.

A la vista de aquel odioso aparato, se precipitó furiosa sobre el clérigo, le quitó el cordel y le gritó:

—¡Si no sale usted al momento, le cruzo la cara con este cordel, con que se permite azotar el cadáver de mi padre!

El clérigo se asustó y salió corriendo.

El escribano tenía la minuta en la mano y Rosa se la arrebató sin que pudiera evitarlo.

—Usted—dijo Rosa—ha venido aquí a ser, según me sospecho, cómplice de un robo—y despedazó el papel.

El escribano, que era un viejo jorobado y socarrón, se encogió de hombros, y dijo:

—¿Quién me paga mis derechos?

—Los clérigos—contestó Rosa—; y si no sale usted pronto, rueda por la escalera.

—No hay necesidad, yo cuido mucho mi protocolo.

La señora estaba confusa, no podía articular una palabra. —¡Acabó la autoridad de mi padre; ahora yo mando en esta casa!—dijo Rosa.

Volvió la vista al cadáver de su padre, fijó en él una mirada insistente, mirada que se fué velando por las lágrimas, y cayó de rodillas a los pies del ataúd.

## III

Los estudiantes habían ido a tomar asiento a las galerías del Congreso; era el 5 de febrero, día en que se juraba la Constitución al cerrar sus históricos debates el Constituyente.

Grande era la efervescencia; todos decían que Comonfort no juraría, y era ansiosa la expectativa.

—Ya estamos aquí—decía Manuel—; al fin se promulga la Constitución.

—¿Te acuerdas—decía Mario—lo de la sesión en que se trató de la tolerancia de cultos?

—Buenas palizas hubo en los pasillos. ¡Cuánto beato y cuánta devota gritando y dando alaridos! Pero al fin hemos triunfado.

—¿Y vendrá a jurar Comonfort?

—Puede ser; ese hombre mandó a su ministro a que atacara la tolerancia religiosa; es un hipócrita santurrón.

—O la bebe o la derrama—dijo Mario.

—No se ha de atrever a dar un «golpe de Estado»—dijo Manuel.

En aquel momento los diputados firmaron la Constitución.

Entonces hubo una escena conmovedora: el señor Valentín Gómez Farias, el padre de la libertad, entró en el recinto de la Cámara llevado y sostenido por dos representantes.

El señor Farias tocaba ya la nieve del sepulcro; su cabello enteramente blanco se ostentaba sobre su limpia frente. El semblante revelaba ya una ancianidad muy avanzada, era alto, muy alto, vestía de negro y su corbata blanca se confundía con la lividez de aquel rostro venerable.

Llegaba casi moribundo a la asamblea.

Al verle entrar encorvado y paso a paso, la multitud prorumpió en un aplauso unánime, espontáneo, estruendoso, y el grito que partió de las galerías, era un himno a aquel hombre, que tantos sacrificios había hecho por la libertad y asistía a su espléndido triunfo.

Aquel hombre, estando en la Presidencia de la República, visitaba como médico a los enfermos del «cólera», que diez-maba la ciudad.

Su presencia arrastraba cien memorias al patriotismo mexicano.

Se restableció el silencio, y Farias, con mano trémula, firmó la Constitución.



En ese momento entró en la Cámara el general Comonfort seguido de sus ministros, y juró el Pacto.

Ni un aplauso resonó en la asamblea, todos adivinaban que aquel juramento debía ser violado.

¡Gloria a vosotros los constituyentes, que en medio de las rudas tempestades de la revolución, azotados por las persecuciones y los anatemas, os convocásteis en torno de una idea, para sacar a un pueblo de la catalepsia de la historia!

¡Nada más solemne que aquel momento, en que vuestra mano inscribió vuestros nombres en ese libro sagrado, veneración de la época y gloria de nuestro siglo!

¡El vivirá a despecho de las resistencias y contradicciones del pasado, él será inmortal en los anales de la tierra mexicana, marcando la primera etapa en el camino del progreso!

¡Gloria a vosotros, que ya dormís el último sueño y cuyos restos desfilan entre nosotros, como si pasaran las sombras de la historia!

¡Cuando todos hayáis muerto, cerrando esa gigante página, entonces las generaciones irán a depositar sobre vuestros sepulcros, las coronas de ciprés, como si ornaran vuestras frentes, como si todavía pudieran pedirnos vuestras grandes inspiraciones!

¡Dormid al rumor de los combates por la libertad; arrullaos al eco estruendoso de los cañones, que vibrará en el seno de vuestra sepultura; que los que os han sucedido, continúan en la lucha, la eterna batalla del progreso y de la civilización!

¡Herederos de vuestro aliento y de esa entereza de mártir, con que perseverasteis en vuestra obra, ni las oleadas de sangre podrán borrar esas páginas que llevan vuestros pensamientos, ni habrá una mano suficientemente poderosa para arrancar vuestros nombres del libro eterno de la historia!

## IV

De allí partió otra tormenta, el clero protestó que era herética la Carta fundamental y que a los que la juraron, si no hacían una pública retractación, se les negarían los sacramentos y la sepultura sagrada.

El señor Valentín Gómez Farías fué sepultado en el jardín de su casa de Mixcoac, donde cae el rocío en las auroras sobre los inmortales, que perfuman los bordes de la sepultura, como las lágrimas de la patria, regando los mármoles de su sepultura.

Comenzaron más escándalos, los empleados abandonaron sus destinos, nadie quería jurar la Constitución.

Los soldados también se rehusaban y todos los que huían del juramento se arrojaban en brazos de la reacción.

Todas eran desconfianzas, todas rebeliones y traiciones.

Aparecieron tres hombres fatales, los hermanos Cobos, españoles y bandidos introductores del «plagio» en México, y

el asesino más infame, el monstruo más perverso que ha producido esta tierra, Manuel Lozada, conocido por el Tigre de Alica.

No había día en los Estados y en la capital, que no se registrara con un escándalo, con una rebelión, con una tentativa; era ya el último extremo de la anarquía.

Comonfort, con sus debilidades y contemporizaciones resbalaba por un abismo.

## V

Los frailes franciscanos preparaban una revuelta de las más serias.

Reunida estaba la junta de conspiradores en el convento, al que asistían muchos jefes del ejército.

—Esta es la hora—decía el Provincial—. ¿Qué esperamos? ¡Ya se nos arrebataron nuestros bienes, ya se hicieron pedazos nuestros fueros; ahora la Constitución con su cúmulo de herejías, y lo que es más, las promesas de mañana, más terribles que el presente!

—Sí—decía el coronel Altúnez—; todo está hollado, todo escarnecido; a los que tomamos parte en la reacción de Puebla, nos han degradado y puesto en las filas de los soldados rasos.

Ayer mis compañeros, con la cadena al pie, han sufrido la más espantosa de las vejaciones, barriendo las calles.

¡Aquel ejército que hace un año se ostentaba con gran aparato del lujo y del valor en la capital, hoy se ha convertido en una turba de pordioseros!

—¡Abajo Comonfort!—gritaron los soldados.

—¡Abajo la Constitución!—gritaron los frailes.

—¡Llegó la hora—dijo el Provincial—en que nos armemos como los cruzados y tomemos el glorioso estandarte con que Godofredo de Bullón entró triunfante en Jerusalén!

—Sí—gritó un fraile español—; el que llevó don Juan de Austria al combate de Lepanto.

—¡A luchar—gritó el coronel Altúnez—, a vengar nuestros agravios, a restaurar nuestro dominio, a dignificar nuestra enseña: «Religión y fueros»!

Los legos del convento trajeron unos cajones con puñales, espadas y revólveres, y los colocaron en medio de la sala.

El Provincial se levantó y bendijo en nombre de Dios aquellas armas, como en la ópera de los Hugonotes.

—Ahora—dijo el coronel, tomando una espada—, al cuartel, donde me esperan para el movimiento.

—Sí—dijo el Provincial—, nosotros repartiremos estas armas entre el pueblo, y a los toques de campana en Santo Domingo, al grito de ¡«Religión y fueros»!, echaremos abajo y sin compasión el edificio. ¡Basta ya de tolerancia, señores! ¡Viva la religión!